

HOMENAJE A DON MANUEL DE LEKUONA

M.^a A. Arrázola

Quiero, Don Manuel, que mi intervención, en este acto, le haga revivir aquellos días y meses, en los que trabajamos mucho los dos, cuando yo le pedí que me ayudara en el estudio del *Renacimiento en Guipúzcoa*, y en los que me enseñó, entre otras mil cosas, a gozar ante el hecho artístico, principalmente plástico.

Cuando hace algunos años me vi en una ocasión parecida, pero en distinto escenario (la parroquia de Oyarzun), no encontré otro tema que nos fuera más entrañable, que recordar aquel tiempo, en el que recorrimos nuestra tierra, una y otra vez, en todas direcciones y altitudes. Porque los artistas vascos no se habían limitado sólo a los núcleos urbanos de mayor o menor importancia, sino que en la Guipúzcoa rural, en la agrícola y pastoril, que usted contemplaba con emoción, nos dejaron huellas de su arte y de su fe hace más de 500 años. Allí, en Alquiza, Berástegui, Elduayen, Gaztelu, Goyaz, Hernialde, Oreja, Urquizu, Cerain, Mutiloa, Alzaga, Asteasu, Cizurquil, Garagarza, Ezquioga, Ichaso, los dos Alzo, etc., encontrábamos siempre aquello que usted sabía que existía y que, al volverlo a ver, le arrancaba expresiones como éstas: “¡Aquí, tiembla el misterio! ¡Aquí, suena el pandero! ¡Qué hombres, qué hombres aquellos!

¡Qué alma, qué alma la de usted, Don Manuel, que vibraba con emoción incontenible ante la bondad y la belleza!

Imborrables los encuentros, con aquellos hombres, que, como le dije en Oyarzun, parecían sus amigos o compañeros de las mesas de la escuela o sus comensales habituales Anchieta, Bengoechea, Jerónimo de Larrea, Joanes de Iriarte, entre otros muchos.

Sin embargo, ante Juan de Anchieta, ante sus maravillosas obras, expresión de un temperamento de artista, pero tremendo y brusco, suavizado algún tanto por su posible paso por Roma, se sentía usted un poco más a distancia. Es que Anchieta era Anchieta. Y, como cuando Vargas Ponce, escribiendo a Céan Bermúdez, desde Deva, en setiembre de 1802, sobre un

documento que había visto en Zumaya, firmado por Anchieta, le invitaba a “quitarse el gorro”, así también usted, Don Manuel, ante el escultor azpeitiano, se quitaba la teja, admirado... La pena es que Guipúzcoa sólo le ofrecía poder contemplar al gran tallista en Zumaya, Tolosa y Asteasu, aunque Navarra y Castilla eran pródigas en sus obras.

Las maneras declamatorias, las actitudes heroicas, los ceños fruncidos de las esculturas de Anchieta, se le había quedado a usted tan grabados en la retina, que intuía allá, donde pudiera haber algún indicio de su escuela.

Pero su amigo más amigo era Ambrosio de Bengoechea; le llamaba cariñosamente “nuestro Bengoechea” y tenía la suerte de verlo en sus obras, en muchas partes: en San Sebastián, Tolosa, Rentería, Hernani, Zarauz, Berástegui, Alquiza, Gaztelu; Régil...

Bengoechea había nacido con un temperamento amable, suave, sereno, que se manifestaba a través de sus tallas.

Mas, no eran sólo las realizaciones artísticas de “nuestro Bengoechea” las que entusiasmaban a usted; admiraba todo en él. Cuando leímos en su testamento, que mandaba se pagasen sus deudas, especialmente 19 ducados a la parroquia del Señor San Martín del lugar de Alquiza, de donde era natural, porque estaba receloso de que los 19 ducados que había recibido, a cuenta del sagrario que para ella hizo, eran más de lo que justamente se le debía, su reacción fue: ¡Qué delicadeza, qué finura de espíritu, la de este hombre!... Y cuando llegamos a la cláusula en la que legaba a su sobrina Magdalena de Urruzola 30 ducados para ayudar a renovar la casa de Bengoechea, de donde él descendía, su admiración fue todavía mayor: ¡Acordarse de arreglar su casa, el caserío, su caserío... qué hombre nuestro Bengoechea!

Recuerdo que en el Archivo de los Duques de Híjar, en Epila, encontré la cita documental de que Bengoechea era discípulo de Anchieta; lo dábamos por seguro, pero nos faltaba el dato documental (por lo menos a mí, ya que a usted le estorbaba, a veces, el documento). Allí se le decía “Bengoechea el Sordo”. Le escribí a usted enseguida, contándole lo que había visto y leído, y ¡cuál fue mi sorpresa, al llegar a San Sebastián, casi al mismo tiempo que mi carta! que usted ya se lo había contado a Fausto Arocena, a José de Arteche, a Don Manuel Laborde y a no sé a cuantos más de nuestros amigos; y que Arteche se descolgaba, en la prensa, con un artículo inspirado por usted, en el que comparaba al “sordo Bengoechea” con el “sordo Beobide”. Desde entonces, Bengoechea fue “nuestro sordo”.

También Jerónimo de Larrea y Goizueta gozaba de su amistad. No sólo porque había trabajado en Oyarzun y porque nos había dejado unas espléndidas esculturas en la parroquia de San Sebastián de Azpeitia, sino porque, en su faceta de hombre, fuera de la artística, había una cosa que usted valoraba y gustaba muchísimo. Jerónimo de Larrea, al casarse con Catalina de Iturburu administraba el caserío de ésta en Ibarra. Catalina llevó al matrimonio, casa, lagar y manzanales. Mientras él vivió, dice Jerónimo de Larrea, en su testamento, hizo lagares nuevos en Sagartokuía y plantó nuevos manzanales, como el manzanal de Iturburucu y el de Goyarena.

¡Oh! los manzanales... Don Manuel, con qué fruición leía y releía esta cláusula. ¡Léame, otra vez, eso de los manzanales...!

En una ocasión preparé una charla para la Biblioteca de la Plaza de la Constitución, sobre el *Renacimiento y San Sebastián*. Comenté con usted el contenido, antes del acto, y al terminar me dijo: “No dice nada de los manzanales:” No pega, le respondí; hoy no hablo de Larrea. Y usted, Don Manuel, extrañado de mi respuesta, me replicó: “¡Cómo! ¿Qué no pegan? ¡Los manzanales pegan siempre...!”

Cuando hace unos meses escribí la monografía de Don Martín de Zubano, alias de Azpeitia, encontré que en su testamento hablaba también de sus manzanales de Oyarzabal y tuve un recuerdo para usted y para Jerónimo de Larrea.

Pero no aprendí con usted sólo lo que se refería a los artistas. No había rincón o recobeco por donde pasásemos que no tuviera su historia o historia.

¿Recuerda? ¡Cuántas veces fuimos a Astigarribia! Teníamos que contemplar aquella interesante ventana que usted había descubierto y cuyos arcos de herradura nos traían confusos. La iglesia de San Andrés está junto al río Deva, y cerquita, el desembarcadero; hoy un resto de lo que pudo ser por los siglos de la Edad Media. Y... ante aquellas aguas... usted, como que se perdía..., imaginándose a los peregrinos a Compostela, hacia el siglo XI. Y con tanta riqueza de detalles me lo contaba todo, que parecía había estado usted a su llegada: rotos, sucios, destrozados... Luego, a todos los acomodaba usted en el corredor de la parte posterior del templo, para que pudieran pasar la noche...; y al día siguiente, otra vez se reanudaba la peregrinación por la vereda con piedras medievales... marcha de aquellos hombres, que de monte en monte, habían de reunirse con otros peregrinos.

Mas, ¿qué encerraría aquella iglesia de San Andrés de Astigarribia? ¿Qué podría esconderse debajo de aquel suelo? Algo que pudiera acreditar la edad de la célebre ventana.

Un día llegó la autorización para poder abrir una tumba; fuimos allá. La sepultura era de piedra y antropomorfa. Yo creo que usted tenía cierta esperanza de que íbamos a dar con un tesoro, sino tan importante como el visigótico de Guarrazar en Toledo, sí de verdadero interés. Pero, sólo encontramos huesos... y éstos, relativamente modernos.

No faltó un momento de expectación, al comprobar que había oro, dentro del cedazo, por donde íbamos pasando el polvo de la tumba. Era... la alianza de un bromista, que disimuladamente la arrojó allí. ¿Desilusión? ¡No! Pasamos una hermosa tarde.

Donde hubiera una ermita de Salvatore, de Santiago, la Magdalena, San Martín o Santa Marina, otra vez, un recuerdo emotivo para los caminantes a Compostela.

Le privaba a usted la Guerra Carlista, sobre todo, la persona del Cura Santa Cruz. ¡Cuántas veces me dijo: “Allí arriba, en Elduayen, nació el Cura Santa Cruz; aquí, por estos lugares, había unos zarzales, en los que se escondió el Cura Santa Cruz; desde Hernialde se escapó burlando a los que

le perseguían! ¡Oh, el Cura Santa Cruz, qué hombre más valiente...! ¿verdad, M. Arrazola?

Las cuevas, cerca de las que pasábamos, le arrancaban frases admirativas para su amigo Don José Miguel de Barandiarán.

Los puentes tenían su leyenda de brujas o de diablos.

Las casas solariegas, como las de Ipiñarrieta, Balda, Emparan, etc, sabían también de sabrosos o tristes sucesos que usted me contaba.

Y... más allá, el rollo, la picota y contemplándola, casi, casi, el viaducto de Eiffel.

Íbamos un día a Baliarrain, donde había estado el Seminario Menor y donde usted fue seminarista. Al pasar cerca de un charco de agua, que todavía existe, originado seguramente por alguna fuente, me contó que usted solía guardar allí la botella de sidra, bien escondida, para encontrarla fresquita los sábados, al bajar a confesarse, creo que a Beasain. Porque, sabe, añadía ingenuamente, esas cosas no nos dejaban tener en el Seminario. Y recordándolo usted se reía y gozaba...

Recuerda, Don Manuel, qué recibimiento le hacían los sacerdotes, cuando nos veían llegar hasta su parroquia, perdida entre montañas muchas veces, e íbamos a pedirles las llaves de la iglesia. Aquellos curas, a punto de jubilarse, muchos de ellos recordaban con usted tiempos de juventud, de sus estudios; y siempre querían obsequiarnos con un vasito de chacolí, que usted no aceptaba nunca.

Otros, más jóvenes, le habían tenido de profesor y qué contento estaba usted con ellos; le abrían los armarios, los cajones, hasta la gambara, porque su deseo de encontrar alguna cosa, era un mandato para ellos.

Al acompañar excursiones y oír mis explicaciones, pasando por algún sitio de interés, los que iban al volante me preguntaban: “¿Dónde ha aprendido usted eso?”. Mi respuesta era siempre la misma: Me lo dijo Don Manuel Lecuona. Y cuando sabían ya la contestación y estaba aprendida la lección la pregunta cambiaba “¿Eso también le enseñó Don Manuel?”. Si, todo lo aprendí con él.

Mas, no sólo aprendí con él, lo bueno, lo hermoso, lo bello que nos presenta la Naturaleza y el Arte, sino que aprendí y aprendimos todos cuantos le hemos tratado, a admirar el incomparable valor que Dios puso en nuestro Don Manuel.